

RCF 2069



"Solía pasar las noches dando vueltas en carro, bajo los ojos tristes de la conductora", relata Jorge Gustavo Silva evocando al poeta Carlos Pezoa Véliz, que las cantó en las estrofas de su poema Vida de puerto.



Pezoa Véliz se dedicó al periodismo en Valparaíso, donde publicó cuentos ambientados en nuestra ciudad, semblanzas viñamarinas y prosa política y literaria.

El poeta Pezoa Véliz en Viña del Mar

- A principios de siglo se desempeñaba como secretario del municipio viñamarino.
- "Era blanco, de ojos claros y silueta elegante", según la descripción de Jorge Gustavo Silva.
- Por las calles de Viña y en sus centros sociales mostraba una especie de dandysmo.
- "En los buenos días de otoño y en algunos de invierno, no es más que un hilo de plata, una hebra cristalina que se encoge y alarga". Así veía en esos años al hoy hediendo y contaminado estero Marga Marga.
- Un muro cayó sobre él en el terremoto de 1906, fracturándole las piernas y luxándole la cadera. Quedó inválido.
- Murió, de tuberculosis, antes de los 30 años.

Por Sara Vial

No sabemos de poeta alguno en nuestros días capaz de lanzarse a caminar tranquilamente desde Viña del Mar hacia Valparaíso, haciendo a pie todo el recorrido de la avenida España hasta el puerto, como una manera de distindir su sistema nervioso.

Esto lo hacía sin embargo, a comienzos de siglo, un poeta cuyo nombre resucita por estos días gracias al concurso literario organizado por la Municipalidad de Viña del Mar para los estudiantes de Educación Media.

Ese joven poeta caminante era Carlos Pezoa Véliz, el melancólico autor del inmortal, brevísimo poema **Tarde en el hospital**, que hasta los menos entendidos en poesía conocen o memorizan. "Sobre el campo el agua mustia/ cae fina, grácil, leve/ con el agua cae angustia/ llueve".

El viaje solitario lo hacía de noche, cuando el insomnio lo mantenía tenso como arco de violín. En cartas a sus amigos, les contaba: "**Tengo algo más en mi contra: enfermedad nerviosa que me ha echado al suelo mi sistema, haciéndome andar, pasear, andar para calmar mi inquietud...**"

La paz de esos años, con lentos tranvías que pasaban por su lado, con el mar tan cerca y las luces de los cerros brillando a lo lejos, ha de haber sido uno de los paseos más bellos en la vida difícil y torturada del poeta que llegó de Santiago a buscar mejores días en nuestra región.

Hijo de una joven doméstica y de padre español casi desconocido, fue criado por los bondadosos patrones en quienes él encontró a los padres verdaderos. Su madre real sólo apareció cuando pocos días de vida le restaban a su cuerpo. El escritor Augusto D'Halmar que le acompañó y apoyó en momentos duros, narra esa escena: "Al traspasar el umbral de su sala en el Hospital Alemán del cerro Alegre, distinguí una mujer cubierta que se levantaba de un ángulo y se retiraba tímidamente. "Adiós, señora", dijo el enfermo con su voz amarga y como sarcástica. Y volviéndose a mí con brusquedad, cuando ya había salido ella, "eh, hermano es mi madre, esta vez la de veras; pero ha venido a acordarse de mí un poco demasiado tarde, y en la madre se ama sobre todo a la nodriza... Ciertamente ahora me sirve de enfermera y ¿no encuentra usted, hermano, que las enfermeras vienen a ser como nodrizas de la muerte?"

¿Sería una casa como ésta, del cerro Alegre, la que inspiró al poeta su poema "Al amor de la lumbre"? "Junto a la gruta de las quebradas/ donde las aguas alborotadas/ charlan de asuntos sin ton ni son/ hay una casa de corredores/ donde hay palomas, fletes con flores/ y enredaderas en el balcón./ Si allí un piloto maniobras manda/ los chicos todos en la baranda/ piensan, adónde va el bergantín? y sopla el viento del mediodía/ y una brumosa melancolía/ vacía en el aire vahos de spleen".

